

► Fernando Cabieses Molina

JUAN M. OSSIO A.¹

Desprendimiento, versatilidad, laboriosidad infatigable y sentido del humor son, entre muchas, algunas de las grandes cualidades que siempre admiré en Fernando Cabieses Molina desde que lo conocí hasta los últimos años de su vida. Me asombraba su enorme capacidad para desempeñarse como un neurocirujano brillante, como un investigador riguroso en el campo de la etnomedicina, como escritor de libros y artículos tanto de corte científico como de ficción, que además se diese tiempo para ser un gran ejecutivo de instituciones públicas y privadas e incluso, si quedaba un remanente de tiempo, fuese un hábil coleccionador y organizador de un sinfín de fotografías que con gran profesionalismo tomaba para ilustrar las conferencias que frecuentemente daba tanto en el Perú como en el extranjero.

Todos los campos en que incursionó siempre los coronó con éxito. Elocuente testimonio de ello son los numerosos pacientes que desfilaban por su consultorio y la multitud de operaciones al cerebro que realizaba cotidianamente. Asimismo, los excelentes comentarios que motivaban sus publicaciones, su gran capacidad de convocatoria en los congresos académicos que organizaba, como aquel primer congreso mundial de medicina tradicional que atrajo a personalidades de primer nivel de los cinco continentes y que tuvo como sede no solo la ciudad de Lima sino también Iquitos y Cusco. Adicionalmente, los numerosos cargos administrativos que desempeñó,



como la dirección del Museo de la Salud o su magnífica gestión como impulsor y primer director del Museo de la Nación o como rector de la Universidad Científica del Sur.

Muchos fueron los temas y preocupaciones que compartimos, pero lo que más nos unió fue el respeto común que sentíamos por las creencias que tenían otras culturas como muchas de nuestras comunidades que habitan los valles interandinos y la región amazónica. Es precisamente una actitud de esta naturaleza la que nos llevó a emprender una defensa pertinaz del uso tradicional de la hoja de coca tanto en numerosas conferencias internacionales como en diferentes publicaciones. Una de ellas es un libro auspiciado y publicado por el Instituto Indigenista Interamericano que lleva por título *Coca... tradición, rito e identidad* donde, valiéndonos de conocimientos médicos como los que esgrimía Cabieses, y otros de índole socio-cultural, que eran de mi dominio, y junto con colegas de Ecuador, Bolivia y Argentina, tratamos de ofrecer un punto de vista alternativo a los prejuicios que imperaban sobre esta planta de amplia difusión entre numerosos indígenas americanos.

Ese tema nos llevaría a su vez hacia aquel de la medicina tradicional y este al de la naturaleza pluricultural de nuestro país y al

¹ PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

de los derechos de los pueblos indígenas. Tal sería su preocupación por estos últimos que en el primer gobierno de Alan García fue llamado para desempeñarse como miembro de una Comisión de Paz que se creó.

Por ser al que le dedicó mayor número de publicaciones y por resultarme más cercano, en lo que sigue me detendré en su contribución en el área de la medicina tradicional peruana.

Penetrar en los insondables misterios de la medicina de los antiguos peruanos y aun en la de nuestros indígenas, andinos o amazónicos contemporáneos, no es una tarea fácil. Para hacerlo, obviamente, hay que tener una gran compenetración en esta área del conocimiento que tiene a Hipócrates como su héroe mítico, pero además es necesaria una extremada capacidad de trascender las nociones y prácticas de una disciplina contemporánea que se muestra bastante alejada de aquella que tienen pueblos que se han forjado bajo cauces diferentes a la cultura occidental. Quizá la mayor complejidad radica en la exigencia de erguirse por encima de conocimientos y prácticas forjadas a la luz de una ciencia dominada por el principio de causalidad y una marcada especialización, para acercarse a un universo conceptual donde predominan los arquetipos, las analogías, una falta de distanciamiento entre el sujeto y el objeto, un énfasis particular por lo concreto, la presencia de la esfera sagrada y la interpenetración de las partes de un todo que asume características finitas. Se trata de aquello que nuestro autor denomina como preciencia, en el que, como dice en su libro *La salud y los dioses*: "el misticismo y los conceptos sobrenaturales frecuentemente predominaban sobre toda evidencia objetiva y daban origen a interpretaciones mágicas necesarias a sus puntos de vista religiosos" (p. 81).

Romper las trabas del etnocentrismo es una de las más acariciadas metas que perseguimos los antropólogos cuando estudiamos culturas diferentes a la nuestra. Se trata de un ideal que soñamos franquear pero que siempre nos queda distante. Sin embargo, a lo largo del camino recorrido se han alcanzado ciertos logros. Uno muy importante es quizá el reconocimiento de la existencia del mismo etnocentrismo,

que supone tomar conciencia de que hay pueblos con culturas diferentes y, uno aun mayor, que no por ser diferentes esconden a seres humanos que puedan ser calificados de superiores e inferiores.

El reconocimiento de la igualdad del género humano y la diversidad cultural son logros de gran importancia de los tiempos modernos, que hoy con la globalización deben ser más que nunca tenidos en cuenta no solo por antropólogos sino por todos aquellos que anhelamos vivir en un mundo mejor. Como no podía ser de otra manera, por su gran sensibilidad intelectual, académica y humana, el conjunto de la obra de Fernando Cabieses constituye una vasta interiorización de estos logros que ojalá el conjunto de su gremio médico pudiera compartir.

Nuestro autor es sobre todo un médico, más específicamente, un gran neurocirujano, pero que ha trascendido los límites de su disciplina para acercarse a la multifacética complejidad de los seres humanos, muy particularmente a la de los indígenas andinos y amazónicos. Como tal, se inscribe en la tradición de otros galenos como el siquiatra Hermilio Valdizán y el químico Ángel Maldonado. Pero, como ellos, no solo se ha sentido atraído por los indígenas modernos sino que, siguiendo las pautas del método etnohistórico y de su formación como médico, nos presenta quizá el estudio más exhaustivo de los conocimientos y prácticas médicas del Perú prehispánico.

Aparte de mostrar un eximio manejo de la fuente documental a través de la cual desfilan multiplicidad de crónicas escritas en diferentes momentos, la arqueología le ofrece innumerables vestigios materiales entre los que destacan restos humanos, vasijas, tejidos, etc., que figuran primorosamente ilustrados con magníficas fotografías que fue coleccionando a lo largo de su vida. A estas vertientes informativas se suma la etnografía, que por años ha manejado con singular maestría interactuando con chamanes de distintas regiones y con otros informantes de los Andes y la Amazonía, quienes siguen con ferviente devoción los dictados de una medicina tradicional contemporánea que nuestro autor ha explorado infatigablemente a lo largo de su vida y cuyos resultados están volcados en numerosos escritos suyos sobre el tema. Consecuente con el uso de

las cuatro disciplinas que según el célebre Luis E. Valcárcel colaboran con el método etnohistórico, también está presente la lingüística, la cual, ayudándole a reparar en el significado de numerosos vocablos de la lengua quechua, le ofrece un instrumento invaluable para penetrar en el universo conceptual que enmarca las prácticas médicas de las poblaciones prehispánicas.

A este conjunto de especialidades hay que añadir los dictados de aquella que constituye su profesión y el profundo conocimiento que tiene de su desarrollo histórico. Gracias a ella nos puede proporcionar una magnífica descripción del valor terapéutico de un conjunto de plantas medicinales que usaron los pobladores precolombinos y el paulatino reconocimiento de sus virtudes para enfrentar enfermedades singularizadas como tales según estándares de la medicina occidental. Asimismo, puede identificar enfermedades en aquellos remotos periodos que son coincidentes con las que forman parte del repertorio establecido por la medicina moderna, así como evaluar la naturaleza de los tratamientos correspondientes que se les daban. En este sentido, un especial servicio le han prestado aquellas realistas vasijas escultóricas mochicas que representan a seres humanos con distintas deformaciones y, por supuesto, los numerosos restos óseos que aquel pasado preeuropeo nos ha legado hasta nuestros días.

Conocedor de los requisitos científicos detrás de determinadas prácticas médicas con gran solvencia, puede enunciar que:

"La trepanación del cráneo, tal como la conocemos hoy con métodos quirúrgicos modernos, es simplemente un medio para llevar a cabo la cirugía cerebral. Como tal, la trepanación moderna no puede ser comparada con la trepanación primitiva. Las indicaciones y las consecuencias de la trepanación moderna se encuentran íntimamente conectadas a la función y patología del cerebro. El cerebro, que es el órgano más noble del cuerpo humano, tiene funciones extremadamente delicadas que no pueden ser interferidas por el cirujano sin tener en cuenta la posibilidad de graves consecuencias para la vida o el funcionamiento normal

de todo el organismo. Por el contrario, la trepanación primitiva es un fin en sí misma. La operación es dirigida al cráneo, y a sus envolturas, y por consiguiente las complicaciones cerebrales fatales son fortuitas y esporádicas".

Y añadir a continuación que por consiguiente:

"...la trepanación primitiva y la trepanación moderna, a pesar de su similitud básica, son completamente diferentes como elementos culturales, y es totalmente impropio tratar de proyectar la significación de una en el estudio de la otra". (*La salud y los dioses*, p. 396).

A mi modo de ver esta cita constituye un ejemplo elocuente de cómo un buen manejo de la disciplina que practica, aunada a una vocación científica que se proyecta a todos los campos, lo ayudan a premunirse frente a aquel etnocentrismo que se constituye en la principal traba para entender el pasado prehispánico y tender puentes con sus herederos que nos acompañan hasta el presente.

Algo semejante se esconde también en sus dudas sobre las especialidades en el campo médico que mencionan los cronistas. Alertándonos sobre las debilidades etnocéntricas de los antiguos cronistas nos dirá:

"Las dificultades que tenemos ahora para concertar un cuadro coherente de las diferentes personalidades que se ocupaban en estos tiempos de la curación de los enfermos, probablemente son mínimas en comparación con la tremenda confusión en que deben haber incurrido los conquistadores españoles. Ahora vemos, claro, por ejemplo, que muchos de los cronistas castellanos confundían las técnicas curativas con las profesiones, y con frecuencia usaron denominaciones de un acto médico o mágico para crear imaginativamente una nueva categoría de brujo o de curandero. Lo más común debe haber sido que los sacerdotes fueran al mismo tiempo confesores, curanderos y hechiceros. Por consiguiente, aunque ahora tengamos que ocuparnos de una serie de denominaciones como si se tratase de diferentes ocupaciones, no

debemos suponer que los profesionales que realizaban estas diversas actividades eran necesariamente diferentes personas. Y no es tampoco imposible que, en su ávida búsqueda para correlacionar la cultura europea con la cultura incaica, los cronistas llegasen aun a crear nuevos términos que ahora nos llegan como vocablos quechuas originales, pero que pueden haber sido acuñados en un esfuerzo para transmitir conceptos difíciles de asimilar por la cultura castellana. Tal puede ser el caso de los términos Hampicamayoc y Chukri-hampicamayoc que denominan al médico y al cirujano respectivamente. A pesar de su significación etimológica clara (hampi: medicina; camayoc: el que practica algo; chukri: un tipo de herida), solo algunos cronistas dan estos términos como título de los profesionales que resultaban contraparte de los médicos y cirujanos de la Europa renacentista. La probabilidad de su verdadera existencia como médicos y cirujanos de la elite incaica queda un poco oscurecida por el silencio de la mayoría de cronistas que dejan de mencionarlos entre los numerosos tipos de profesionales que practicaban la mezcla de actos curativos y religiosos que constituían

lo que hasta ahora estudiamos como Medicina Peruana Precolombina. Queda totalmente dentro del ambiente de la suposición y lucubración histórica la incógnita de si en aquellos tiempos un hombre podía dedicarse estrictamente a la profesión de médico sin ser simultáneamente sacerdote u hombre santo". (*La salud y los dioses*, p. 157).

Estas pinceladas dan cuenta del rigor con que Fernando Cabieses trató esta materia hasta el final de su vida, ya que el libro de donde he tomado esta cita fue el último que publicó, habiendo sido el que escribe estas líneas uno de los que tuvo el gran privilegio de presentarlo.

Realmente fue un verdadero privilegio haber cumplido con esta tarea pues considero que este libro, que sintetiza gran parte de su obra, será, con el conjunto de sus publicaciones, imperecedero pues no solamente es un sólido puente para conocer la medicina de nuestros pobladores autóctonos sino en gran medida el conjunto de su pensamiento.

Pero no solamente fui privilegiado por esto último, sino por la gran suerte de ser amigo de alguien que quedará en el recuerdo como un gran intelectual y profesional y como un ejemplo de calidez humana, generosidad y dinamismo inagotable.